

RESUMEN / ABSTRACT

En este artículo se realiza una crítica formal y sociológica del modelo teórico de la “historia desde abajo” en los términos en los que fue aplicado y sistematizado por E. P. Thompson. Entendido como un ejercicio de reflexividad sobre los productos de la historia social, se persiguen los siguientes objetivos. Primero, cuestionar la identificación de la “historia desde abajo”, con una temática historiográfica específica para mostrar que, en tanto que modelo teórico, su aplicabilidad trasciende su contexto de producción y puede operar en diferentes proyectos de investigación. Segundo, se pretende criticar el grado de autonomía de dicho modelo teórico, señalando los contenidos del mismo que, aun habiendo sido sometidos a un proceso de formalización, todavía se refieren a lógicas exógenas al campo intelectual; en concreto, a los compromisos políticos adquiridos por el historiador y a las disposiciones sociales por éste incorporadas. Para valorar esta ambigüedad esencial al modelo de la “historia desde abajo”, reconstruí los diferentes filtros y mediaciones a través de los cuales dicho modelo se dota de una polifonía que le permite hablar simultáneamente varios discursos.



This article out a formal and sociological criticism of the theoretical model of “history from below” by E.P. Thompson. Understood as a reflexivity exercise about social history results, it pursues these aims. First, to discuss the identity between “history from below” and a specific historical subject matter, with the objective to show that “history from below” is a theoretical model which can go beyond its context of production, and work in different research contexts of production, and work in different research contexts. Secondly, to discuss the autonomy of this model ant to point out that its contents, although they are formalized, they still refer to external logics of intellectual fields; for example: political commitments historian made or social disposition he has incorporated. To value this ambiguity essential to “history from below” model, I reconstruct the filters and mediations thorough it achieves a polifony that make possible to speck several species at the same time.

KEY WORDS: • HISTORY FROM BELOW • E.P. THOMPSON • SOCIAL HISTORY • INTELLECTUAL FIELD • SOCIAL DISPOSITION

Recepción: 15/10/2009 • Aceptación: 27/01/2010

Las ambigüedades de la “historia desde abajo” de E. P. Thompson: las herramientas del historiador entre la forma, el compromiso político y las disposiciones sociales¹

ALEJANDRO ESTRELLA GONZÁLEZ*

Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

Y el grado de fecundidad (por mi parte yo diría más bien de traducibilidad interna) de una hipótesis, consiste en la posibilidad de que seamos capaces de insertarla en el seno de diferentes subjetividades, al interior de contextos distintos, dentro de proyectos de investigación diversos.

CARLO GINZBURG

PALABRAS CLAVE:

•

HISTORIA DESDE ABAJO

•

E. P. THOMPSON

•

HISTORIA SOCIAL

•

CAMPO

•

DISPOSICIÓN SOCIAL

1 Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación “Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)” del Área de Filosofía de la Universidad de Cádiz (FFI2010-15196). Quiero agradecer a Carlos Alberto Ríos Gordillo las generosas e inteligentes indicaciones que realizó a este trabajo, contribuyendo a mejorar notablemente el resultado del mismo.

*alejandro.estrella@uca.es

LA HISTORIA SOCIAL COMO HERRAMIENTA CRÍTICA DE LA HISTORIA SOCIAL

El epígrafe que abre este artículo² nos pone en la senda de uno de los criterios más extendidos a la hora de dar cuenta del potencial de una hipótesis o un modelo teórico: éste vendrá dado por su capacidad para trascender el contexto de producción y mostrar operatividad más allá del problema al que, en origen, pretendía dar respuesta. El uso de este criterio plantea al historiador un problema epistemológico de primer orden: ¿cómo es posible que una actividad como la ciencia —de naturaleza esencialmente histórica— produzca objetos capaces de trascender sus contextos históricos de producción y poder de este modo reivindicar para sí la objetividad o la universalidad?, ¿cómo surge lo trans-histórico de lo histórico?

La sociología o historia social del conocimiento propone diferentes respuestas para esta pregunta. El desafío consiste no tanto en reconstruir, por un lado, la genealogía textual del modelo teórico en cuestión; sino en señalar el contexto histórico que sirve de trasfondo a dicha producción. De lo que se trata precisamente es de mostrar los filtros concretos que median entre ambos planos (teórico e histórico) y reconstruir el proceso por el cual las condiciones sociales de posibilidad se depuraron en una forma teórica capaz de trascender dichas condiciones y operar en muy variados contextos de investigación. Este tipo de análisis cuenta con una ventaja añadida, la reconstrucción de las mediaciones a través de las cuales se identifica el proceso de sublimación de las condiciones sociales de producción en formas teóricas acabadas, y además redundante en una crítica epistémica de las dependencias temporales que aún denotan dichas formas.

En su excelente análisis de la magna obra de Martin Heidegger, Pierre Bourdieu nos recuerda cómo un discurso filosófico, en apariencia tan *puro* como el del pensador alemán, está preñado de una ambigüedad que lo remite, indistintamente, a la lógica filosófica y a la del campo político. El problema emerge cuando se obvia una de estas dos dimensiones y leemos, por ejemplo, la filosofía heideggeriana sólo como discurso filosófico, independiente y autónomo de toda referencia externa o temporal. El análisis del doble sentido y la ambigüedad de los productos intelectuales es lo que permite despejar el trabajo de sublimación



² Carlo Ginzburg, "Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después", en *Contrahistorias, la otra mirada de Clío*, núm. 7, 2007, septiembre-febrero, p. 16.

Las ambigüedades de la “Historia desde abajo”...

de las urgencias temporales a la lógica semiautónoma del campo en cuestión, de las tomas de posiciones éticas y políticas que subyacen codificadas a las estrategias que se presentan como puramente intelectuales.

De esta manera, haciendo un ejercicio de reflexión científica, operaremos la crítica de un objeto que proviene de la propia historia social: la “historia desde abajo”, en los términos en los que fue elaborada por la historiografía marxista británica y, en concreto, por E. P. Thompson. Con la elección de este objeto se persiguen dos fines: por un lado, valorar el grado de depuración formal y referencia temporal de este modelo teórico —constituido en verdadera guía de investigación de varias generaciones de historiadores—, y por otro, pretendo objetivar al objetivador, volver las herramientas de la historia social sobre sí misma con el fin de operar una crítica de las herramientas que la historia social despliega en su crítica de los objetos intelectuales.³

Para lograr dichos objetivos, se debe reconstruir el proceso por el cual, a través de múltiples mediaciones, E. P. Thompson fue plegando las urgencias temporales a las que tuvo que enfrentarse, sublimando éstas a las exigencias formales que imponía el campo historiográfico hasta encontrarse en disposición de ofrecer una particular elaboración de la denominada “historia desde abajo”. El periplo responde entonces a cuatro niveles de análisis: en el primero ofreceré una lectura interna, textual, de la propuesta thompsoniana; en el segundo, reconstruiré las características fundamentales del filtro mediante el cual las urgencias políticas thompsonianas mutaron en formas historiográficas legítimas y trasladables a otros contextos de investigación (analizaré la autonomía y el grado de censura del campo historiográfico británico, así como la jerarquía del campo de posibilidades que estructuraba dicho espacio intelectual); en el tercero, analizaré la toma de posición política de Thompson como urgencia temporal y fondo de



³ Acerca de este programa de investigación de carácter reflexivo, como una Aufklärung de la Aufklärung, véase Pierre Bourdieu, *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona, Anagrama, 2003, p. 164; y Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 141-152. Una aplicación del mismo al campo filosófico en la obra de Heidegger, véase Pierre Bourdieu, *La ontología política de Martin Heidegger*, Barcelona, Paidós, 1991. Por último, una excelente sistematización de este programa crítico bourdieusiano se encuentra en José Luis Moreno, “La sociología de la filosofía de Pierre Bourdieu y del Centre de Sociologie Européene”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 112, octubre-diciembre, 2005, pp. 13-42.

experiencia que orienta su posicionamiento en la vertiente intelectual, entre ellas, el modelo de la “historia desde abajo”; finalmente, estudiaré las condiciones sociales de posibilidad de los compromisos políticos de Thompson, análisis que remitirá a la particular imbricación entre el *ethos thompsoniano* y el contexto sociopolítico de finales de la década de 1930 y comienzos de la siguiente. Este último análisis permitirá evaluar la profunda ambigüedad de la “historia desde abajo” como objeto formal a la par, producto del compromiso político y de las disposiciones sociales thompsonianas.

LA “HISTORIA DESDE ABAJO” COMO MODELO TEÓRICO: ANÁLISIS FORMAL

La paternidad del término “historia desde abajo” no está completamente clara. Algunos investigadores le imputan al propio E. P. Thompson la sistematización del modelo, por primera vez, en *The Making of The English Working Class*, dotándolo de un contenido programático.⁴ También hay quienes le otorgan un origen colectivo y señalan que la “historia desde abajo” surge en el ámbito de la historia laboral británica, desarrollándose posteriormente entre el grupo de los historiadores marxistas.⁵ Por último, algunos académicos la remontan a los primeros conatos de historia social, a los intentos pioneros por romper con la historia política y *évenementielle*. Autores como Eric Hobsbawm consideran en este sentido a Jules Michelet como uno de los primeros en practicar la “historia desde abajo”.⁶

Esta diversidad de interpretaciones tiene su origen en los distintos criterios que cabe adoptar a la hora de responder la pregunta: ¿qué es la “historia desde abajo”? No creo, por otro lado, que se trate de interpretaciones excluyentes; cada una de ellas acierta a situar en primer plano una dimensión específica del problema. De esta manera, es posible sostener que la fórmula “historia desde abajo”, tal y como se extendió por el campo historiográfico a partir de la década de 1960, se debe fundamentalmente a la versión que acertó a ensayar E. P.



4 John Russo y Sherry Lee Linkon, *New Working Class Studies*, Ithaca, Cornell University Press, 2005, p. 147.

5 E. P. Thompson, “History from Below”, en D. Thompson (comp.), *The Essential E. P. Thompson*, Nueva York, The New Press, 2001, pp. 481-489.

6 Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 206.

Thompson en *The Making of The English Working Class*; pero a su vez, es posible mostrar cómo —lejos de una mera invención thompsoniana— la “historia desde abajo” constituía una práctica común entre el Grupo de Historiadores del Partido Comunista (GHPC) y entre otros marxistas de las décadas de 1930 y 1940, siendo Thompson, en este caso, uno más entre los “historiadores desde abajo”. Más aún, se puede considerar que lo que hicieron los marxistas británicos fue reajustar un programa ya existente al utillaje marxista, dotándolo de un sesgo crítico del cual hasta entonces carecía. En este sentido, cabe retrotraer el origen de la “historia desde abajo” a los primeros ensayos de historia social y laboral que, en Inglaterra, tuvieron su época dorada con la generación de los historiadores fabianos y radicales de comienzos del siglo XX.

Es pertinente, por el momento, dejar de lado el problema de la genealogía del término para analizar la lectura que del mismo nos ofrece Thompson. Este análisis enfrenta un primer problema relativo a la propia definición que cabe imputar al término. La lectura más generalizada entre los historiadores tiende a identificarlo con una práctica historiográfica que toma como objeto de estudio a las clases populares: el pueblo, los obreros o la *gente común*. Uno de los más famosos fragmentos del prefacio de *The Making...* parece apoyar esta tesis:

Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al “obsoleto” tejedor manual, al artesano “utópico”, e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad [...] Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas.⁷

Desde esta perspectiva, la “historia desde abajo” se define no tanto por sus credenciales teóricas o técnicas, sino por su objeto de estudio. En otras palabras, se considera una temática historiográfica definida por el estudio de ciertos estratos sociales a los cuales se les identifica como “los de abajo”. El sentido común de las cosas que subyace a la propia expresión “historia desde abajo”, redundante en esta interpretación. Sin embargo, desde el momento que se problematiza el uso común del término —contra el que, debe recordarse, tra-



7 E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989a, cap. XVII.

baja la ciencia—, surgen las primeras dificultades, pues al preguntarse quiénes son “los de abajo”, se remite al *pueblo*, a la *clase obrera*, a las *víctimas de la historia*, a los *subalternos*, etcétera; pero al tratar de dotar de contenido teórico a estas subjetividades, se necesita utilizar un modelo teórico externo al de “historia desde abajo”, por ejemplo el de clase, que vuelve a remitir a “los de abajo”. En el primer caso, la “historia desde abajo” queda desprovista de todo potencial heurístico por sí misma; en el segundo, se estanca en un razonamiento circular.⁸

Ahora bien, si se trabaja contra el sentido común de las cosas, se considera que la “historia desde abajo” no posee un contenido empírico *a priori* —no constituye una temática, sino un objeto formal, un modelo teórico abierto a diferentes aplicaciones—; es posible romper las aporías a las que nos conduce una interpretación temática del concepto. Considero que esta posibilidad se encuentra presente en el propio programa thompsoniano. La aplicación del modelo de la “historia desde abajo” a diferentes contextos históricos (siglos XVIII y XIX) y a diferentes subjetividades (la *plebe* y la *clase obrera*, respectivamente), abre la posibilidad de establecer una comparación que permita aislar los elementos abstractos —esto es, generales, más allá de lo concreto analizado— que comparten los casos estudiados.⁹

Inicio señalando que el modelo de “historia desde abajo”, en clave thompsoniana, responde a una posición teórica que toma por objeto de estudio no tal o cual segmento social, sino las relaciones sociales en su conjunto, analizadas en este caso desde un determinado punto de vista. Esta lectura llevaría dos compromisos teóricos implícitos. Primero, un compromiso con



8 El origen de esta interpretación que identifica la “historia desde abajo” con una temática historiográfica y no con un modelo teórico, quizá radique en las condiciones sociales de circulación y consumo de *The Making...* El fulgurante éxito que conoció la obra la elevó a categoría de canon historiográfico y la convirtió en una guía de investigación, cuyas fórmulas se reproducían de manera escolástica en un contexto de radicalismo de izquierdas, donde el estudio de la movilización popular se presentaba como una adecuada inversión de las energías intelectuales. Por otro lado, las profundas disposiciones empiristas que en general animan la práctica historiográfica favorecerían —y a esto sin duda contribuye el propio relato thompsoniano— una lectura no teórica de las posibles lecciones contenidas en dicha obra.

9 Evidentemente, Thompson no sistematiza su propuesta en los términos aquí presentados. Insisto, lo que ofrezco es resultado de abstraer del análisis de diferentes casos estudiados por Thompson, los elementos teóricos fundamentales que operan en todos y cada uno de ellos.

una concepción relacional de lo social, la cual supone entender los objetos sociales no como sustancias o esencias susceptibles de análisis interno, sino como efectos de las relaciones externas que los diferencian de otros objetos y los hacen lo que son.¹⁰ Podría decirse, remitiéndome a un ejemplo cotidiano, que la figura de un *hijo* no puede ser construida sociológicamente (es decir, su papel o posición familiar), si no se reconstruye previamente la relación de filiación que mantiene con el padre, pues ésta posibilita la existencia tanto del padre como del hijo. En consecuencia, y volviendo al caso, la “historia desde abajo” no toma como objeto a la *clase obrera* o a la *plebe*, sino el “contexto o equilibrio estructural”¹¹ en el que cobran existencia histórica dichas instancias. A un nivel de mayor generalidad —el que ahora interesa— se debe concluir que cuando Thompson habla de “historia desde abajo” pretende reconstruir la relación social que media y sitúa a “los de arriba” frente a “los de abajo”, o viceversa.

Ahora bien, la distinción arriba-abajo remite a un tipo de relación social específica que no se puede entender en términos de armonía social, sino como una relación de oposición. Dicha oposición es consustancial al tejido social, se traduzca o no en conflictos históricos.¹² Su origen reside en la estructura jerárquica que adquiere la sociedad humana, merced al desigual acceso a los recursos económicos, sociales y simbólicos. En determinadas condiciones, esta relación de oposición puede adquirir realidad histórica y traducirse en un conflicto social y político a partir del cual surgen nuevas formas históricas concretas de *estar* arriba o abajo. Este salto del plano teórico (la posibilidad del conflicto) al histórico-real (que dicha posibilidad se efectúe) tiene lugar cuando la oposición estructural arriba-abajo es problematizada por los dominados y pierde su condición de naturalidad, pues escapa al sentido común de las cosas (del poder) y pierde legitimidad.¹³ La problematización permite articular la experiencia de



10 Sobre la realidad social como relación, véase Pierre Bourdieu, *Propos sur le champ politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2000, pp. 13-21. Acerca de la subjetividad —en este caso de clase— como relación véase E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989a, pp. XIII-XV; y E. P. Thompson, *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1989b, pp. 33-39.

11 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989b, p. 32.

12 E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2002, pp. 144 y 146.

13 *Ibid.*, p. 165.

la oposición arriba-abajo en términos de un conflicto polarizado entre *ellos* y *nosotros*. A partir de esta articulación se activa un trabajo político y cultural que no sólo refuerza dicha experiencia del conflicto, sino que puede provocar la emergencia de una nueva subjetividad colectiva que se reconoce como tal. En resumen, el primer compromiso teórico de la “historia desde abajo” implica una concepción relacional y conflictiva de lo social (según Thompson, de orden dialéctico), que aleja la propuesta thompsoniana de la interpretación que de la misma se ha realizado en clave de temática historiográfica. El objetivo nada tiene que ver con una relación de hechos relativos a un determinado sector social, sino con identificar cómo las relaciones sociales de oposición se han traducido en luchas históricas entre quienes ocupan posiciones dominantes y dominadas en la jerarquía de la estructura social.¹⁴

El segundo compromiso teórico implícito en la “historia desde abajo” puede denominarse como perspectivismo. Derivado del carácter dialéctico que, según el primer compromiso teórico cabe imputar a la relación arriba-abajo, se deduce que ambos elementos de la relación no pueden existir sino a partir de una mutua reciprocidad: ambos constituyen las dos caras de la misma moneda, ambos conforman el reverso y el anverso de la misma relación.¹⁵

Esto quiere decir que cuando se analizan las relaciones de oposición y su traducción a la dinámica histórica, se puede hacer desde dos perspectivas: la de arriba (el punto de vista de los dominantes) o la de abajo (el de los dominados). Lo realmente relevante es no perder de vista el hecho de que la relación que se está reconstruyendo es la misma, si bien puede denominarse de dos maneras —y adquirir distinto significado— según el polo de la ecuación en el cual nos situemos. Ilustrándolo con el ejemplo anterior, la relación de paternidad supone el vínculo entre *padre e hijo*, pero también la relación de filiación, de manera que *paternidad y filiación* constituyen dos formas distintas de llamar a la misma relación según se adopte el punto de vista del padre o el del hijo. Algo parecido ocurre con las relaciones sociales. La misma relación puede adquirir diverso



14 Esta concepción dialéctica, relacional y conflictiva del proceso social permite a Thompson hablar, por ejemplo, de “lucha de clases sin clases”, toda vez que al adoptar tal concepción dinámica puede invertirse el razonamiento mecánico y estático, el cual sostiene que las clases luchan porque existen para afirmar que existen porque luchan. E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989b, p. 38.

15 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989a, p. XIII; y E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 102-106.

Las ambigüedades de la “Historia desde abajo”...

significado dependiendo de si se adopta el sistema de referencia de un protagonista u otro. El propio Thompson nos pone en la senda de la fertilidad de este enfoque teórico al analizar los motines de subsistencia acaecidos en la Inglaterra del siglo XVIII.¹⁶

Ciertamente, Thompson descubre cómo en determinadas ocasiones el conflicto se resuelve cuando las autoridades y los acaparadores atienden a las reivindicaciones de los dominados y ceden, en consecuencia, al reparto de grano a un precio justo. Ahora bien, esta acción puede considerarse, vista desde arriba, como una concesión, pero desde abajo como una conquista de lo que se reivindicaba: la relación social y las acciones que de ella se derivan, admiten una u otra lectura dependiendo del punto de vista que adopte el historiador.

En conclusión, el segundo compromiso teórico de la “historia desde abajo” asume que, dada la mutua reciprocidad que implica la relación arriba-abajo, es posible y legítimo reconstruirla rescatando el punto de vista de los que se sitúan en una posición dominada de la jerarquía social, manteniendo siempre presente que esta experiencia sólo adquiere significado en el contexto de oposición frente a los dominantes.¹⁷ Ahora bien, en este punto cabe preguntarse por qué Thompson opta por reconstruir el conflicto social entre “los de arriba” y “los de abajo”, precisamente desde el punto de vista de los segundos. ¿Acaso no es legítimo epistemológicamente adoptar el punto de vista de “los de arriba”? El propio Thompson reconoce que el hecho de realizar descripciones de las relaciones sociales desde arriba no las invalida como tales.¹⁸ En todo caso, el problema continuaría residiendo en si el historiador que opera tales reconstrucciones es



16 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989b, pp. 62-134.

17 Más allá de cuestionar el esencialismo implícito en los enfoques elitista y populista, esta manera de encarar el registro historiográfico que propone Thompson posee importantes implicaciones metodológicas. En primer lugar, y considerando el carácter fragmentario, mediatizado e incluso expropiado de las fuentes relativas a “los de abajo”, Thompson nos conmina a una lectura crítica del registro histórico, a inquirir de forma heterodoxa lo que éste dice o calla respecto al conflicto entre “los de arriba” y “los de abajo”; estrategia de investigación que, en este caso, nos permitiría vincular los trabajos de Thompson a los de Walter Benjamín o Carlo Ginzburg. En segundo lugar, y derivado de lo anterior, la “historia desde abajo” se conforma como una modalidad de contrahistoria, en el sentido de que rescatar el punto de vista de los dominados supone cuestionar la ambición totalizadora del relato histórico oficial; línea de trabajo que nos remite a programas de investigación como los de Foucault o Guha.

18 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1995, p. 35.

capaz de cuestionar la visión que ofrecen de sí mismos “los de arriba” y de insertarla en el contexto de conflicto con “los de abajo”; en otras palabras, no sucumbir a la autocomplacencia, el prejuicio o el paternalismo que tiende a reproducir el discurso de “los de arriba” sobre “los de abajo”. Entonces, retomando la primera pregunta, ¿por qué Thompson opta por rescatar la experiencia del conflicto social de “los de abajo”? La respuesta apunta hacia los compromisos políticos de Thompson y al proceso por el cual éstos se tradujeron en la fórmula intelectual de la “historia desde abajo”.

LA “HISTORIA DESDE ABAJO” COMO TOMA DE POSICIÓN INTELECTUAL EN EL CAMPO HISTORIOGRÁFICO

Para responder a la pregunta con la que he finalizado el apartado anterior, la atención debe desplazarse del plano de la razón teórica al de la razón práctica: la toma de posición intelectual que implica la “historia desde abajo” está orientada por los compromisos ético-políticos que adquiere E. P. Thompson. Dicho planteamiento pone sobre la mesa una cuestión fundamental: ¿cómo una toma de posición política puede adquirir legitimidad y operatividad intelectual? Dicho de otro modo, ¿qué filtros permiten esa transfiguración de lo concreto-político en lo abstracto-intelectual? La respuesta, en este caso, apunta hacia la reconstrucción del campo historiográfico británico donde opera Thompson, puesto que es precisamente su lógica específica la que, a través de múltiples censuras, depura las posiciones políticas convirtiéndolas en objetos historiográficos. En palabras de Pierre Bourdieu:

La relativa autonomía del campo se señala en la capacidad que él detenta de interponer, entre las disposiciones ético-políticas que orientan el discurso y la forma final de ese discurso, un sistema de problemas y de objetos de reflexión legítimos, y de imponer así a toda intención expresiva una sistemática transformación.¹⁹

Es sabido que E. P. Thompson estudió en Cambridge, primero literatura y posteriormente historia. A finales de la década de 1930 y comienzos de la si-



¹⁹ Pierre Bourdieu, *op. cit.*, 1991, p. 51.

Las ambigüedades de la “Historia desde abajo”...

guiente, Cambridge y Oxford representaban la excelencia académica frente a un conjunto de pequeñas universidades periféricas.²⁰ Entre las diferentes carreras de humanidades que se ofrecían en *Oxbridge*, la historia se distinguía por una escasa profesionalización y una alta dependencia frente a la literatura y la retórica. La investigación histórica estaba prácticamente excluida de los departamentos y los ejercicios escolares respondían fundamentalmente a escritos semanales, de forma que una buena formación literaria y constantes visitas a los excelentes fondos de las bibliotecas aseguraban la obtención del título en historia.²¹ Esta escasa autonomía y especialización de la historia permitía trasladar de manera exitosa y sin un excesivo trabajo de formalización, los recursos adquiridos en espacios poco regulados (por ejemplo los saberes literarios, la cultura retórica y el capital cultural adquirido de manera informal a través del



20 La composición social dominante en *Oxbridge*, a finales de 1930, correspondía a tres tipos de *aristocracia*: una de títulos nobiliarios propiamente dichos, otra intelectual que provenía de sagas familiares con títulos escolares —a la que pertenecía Thompson— y la del dinero que aspiraba a reconvertir recursos económicos en recursos culturales. En relación con esa población, los alumnos becados o provenientes de escuelas públicas constituían una minoría pese a haber incrementado su número con el nuevo siglo. El objetivo de esas universidades —especialmente referente a las letras— no era crear profesionistas o expertos, sino miembros de la clase dirigente. Frente a dichas universidades de sesgo aristocrático, existía una serie de universidades periféricas (Sheffield, Bristol, Leeds, Liverpool y Birmingham) creadas en el periodo de entreguerras. Por otro lado, destacaban las universidades *fabianas* como la *London School of Economic*, que se nutrían de sectores provenientes en su mayor parte de las clases medias urbanas. Véanse Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 109; y George Orwell, *El león y el unicornio y otros ensayos*, Madrid, Turner, 2006, pp. 236-237.

21 “Por imposible que parezca [afirma el propio Hobsbawm] fuera del departamento de Ciencias Naturales apenas había interés por la investigación; interés que en el caso del departamento de Letras era prácticamente inexistente, pues estaba considerado una rareza germánica y, muy posiblemente, una afectación característica de la clase media-baja”. (Eric Hobsawm, *op. cit.*, 2003, pp. 104-110). Este tipo de ejercicios, en los que se valoran las habilidades incorporadas en campos escasamente regulados, institucionalizan la excelencia de origen de los vástagos de la clase dominante y confirman como alumnos aventajados a aquellos que parten con mayores posibilidades. De hecho, los elaborados rituales académicos de *Oxbridge* y todo el elenco de símbolos asociados a ellos estaban orientados a fomentar la cohesión de esta aristocracia del saber y su distinción social frente a otras comunidades académicas. Véanse Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, Barcelona, Editorial Hacer, 2005, p. 20; y Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 22.

ámbito familiar) a los lances propios de la disciplina.²² Thompson y la mayor parte de los futuros miembros del GHPC responden a esta trayectoria que define la excelencia historiográfica de *Oxbridge*.

De hecho, las calificaciones de esta joven generación de estudiantes son sobresalientes. Quiere decir que en su formación incorporan adecuadamente esta lógica del campo, representada de forma privilegiada por el paradigma de la “historia tradicional” entonces dominante.²³ Ahora bien, asociado a la ola de ideologización política que inundaba el entorno universitario de la década de 1930 y principios de la siguiente, estos estudiantes no dudaban en canalizar sus ambiciones intelectuales en circuitos que escapaban a los rituales escolares de las aulas de *Oxbridge*.²⁴ En efecto, una incipiente historia social que venía desarrollándose en las universidades periféricas —usualmente asociadas a la tradición fabiana y radical— constituirían una de las principales fuentes de esta joven generación de historiadores. Fueron dos las líneas temáticas que estos historiadores fabianos y radicales desarrollaron: los estudios acerca del movimiento obrero y la Revolución inglesa. En el ámbito de las investigaciones laborales, destacan los trabajos pioneros de Beatrice y Sydney Webb,²⁵ así como los de Barbara y John Hammond.²⁶ En relación con el estudio de la Revolución ingle-



22 José Luis Moreno, *op. cit.*, 2005, pp. 23 y 25.

23 Para una caracterización detallada de este paradigma en Inglaterra, véase Rodney Hilton, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 9. El objeto de estudio privilegiado por la historia tradicional era la etapa revolucionaria 1640-1688, considerada como el origen de la Constitución británica, de la formación del Imperio y del *statu quo* sociopolítico. Durante la década de 1930, el modelo tradicional que alcanzó mayor éxito fue el propuesto por Sir L. Naimer.

24 E. P. Thompson, *op. cit.*, p. 1989b, p. 305.

25 Los Webb fueron fundadores de la Fabian Society, del Partido Laborista y de revistas significativas asociadas al movimiento obrero, como *The New Statesman* o el *Political Quarterly*. Desde la década de 1890, investigaron la historia del movimiento obrero motivados fundamentalmente por el interés práctico de encontrar nuevas vías para establecer fructíferas relaciones entre socialismo y sindicalismo. Su obra *The History of Trade Unions of Industrial Democracy* sería posteriormente objeto de crítica por interpretar el obrerismo en clave exclusivamente narrativa, institucional, política y elitista; es decir, por operar como una variante del paradigma tradicional, aplicado en ese caso sobre un nuevo campo de estudio.

26 La trilogía de los Hammond, publicada entre 1911 y 1917 (*The Village Labourer*, *The Town Labourer* y *The Skilled Labourer*), representa una definitiva ruptura con el paradigma tradicional aplicado a los estudios laborales. El contexto donde se sitúan esas obras viene marcado por la gran alianza entre el Partido Laborista y el Partido Liberal (1906-1914) y por el momento en

Las ambigüedades de la “Historia desde abajo”...

sa, constituye un verdadero hito la obra de T. H. Tawney, quien recusa la tesis *wigh* al interpretar el proceso revolucionario no en clave de un progresivo avance hacia la libertad y la tolerancia, sino como el resultado de un conflicto material y social vinculado al nacimiento del capitalismo y al ascenso de la *gentry* como grupo dominante de la estructura social del país.²⁷

Esta tradición de historia social influyó de forma decisiva en la formación heterodoxa de los pupilos de *Oxbridge*. Ahora bien, dicha influencia se ejerció a través de un filtro fundamental que dotaba de significado propio a la “historia desde abajo”: el marxismo. ¿Cómo llegaron los futuros integrantes del GHPC a vincular esos “estudios populares” de la historia social fabiana y radical con el marxismo? En buena medida, ese vínculo fue facilitado desde 1935 por la adopción en el VII Congreso de la Internacional Socialista de la Política de Frentes Populares, lo que en el ámbito político se tradujo en la apelación a una alianza internacional y popular contra el fascismo, y a nivel teórico lo hizo en un nuevo lenguaje, por el que el término “pueblo” (como opuesto al de “proletariado industrial”) emergía como agente fundamental de los conflictos históricos de clases.²⁸ Dicha estrategia permitió la entrada en el vocabulario marxista de una



el que la historiografía liberal-radical adoptó un inequívoco carácter anticapitalista. Véase Raphael Samuel, “British Marxist Historians (1880-1980)”, en *New Left Review*, núm. 120, marzo-abril, 1980, p. 20. En esta línea, los Hammond presentarían una visión global del proceso de industrialización y de su impacto sobre las “clases trabajadoras” en clave de un verdadero trauma económico, social y cultural para los trabajadores. Los Hammond también investigaron la dimensión activa de la clase obrera desde la experiencia colectiva de lucha frente al capitalismo industrial, más allá de la narración político-institucional y de la historia de los líderes obreros. Esta innovación provoca que algunos analistas los consideren como los primeros historiadores en practicar la “historia desde abajo”. Véase Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989, pp. 128-129. Si bien algunos episodios de la lucha popular no fueron investigados por considerar que no habían contribuido a la formación del movimiento obrero (por ejemplo, los motines de subsistencia o el *ludismo*), no hay duda de la poderosa influencia del proyecto de los Hammond en obras tan significativas de la historiografía marxista británica como *The Making of the English Working Class* de Thompson o *Labouring Meny Capitan Swing* de Hobsbawm.

27 Una vía de introducción de la historia social en Gran Bretaña, que también merece la pena señalar, es la que representa la influencia francesa de la Escuela de los Annales. La figura de George Rudé destaca como verdadero puente entre dicha tradición continental y la de los marxistas británicos, en los que influye de manera directa (por ejemplo, *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*) o con quienes colabora (*Captain Swing: A Social History of the Great English Agricultural Uprising of 1830*, escrito junto con Eric Hobsbawm). Véase Harvey J. Kaye, *op. cit.*, 1989, p. 98.

28 Gerard McCann, *Theory and History: The Political Thought of E. P. Thompson*, Aldershot, Ashgate, 1997, pp. 17-18.

retórica voluntarista, populista y humanista, así como de una apertura de las fuentes racionalistas del marxismo hacia contenidos morales, aunque éstos se expresaran históricamente de manera religiosa: de ahí el renovado interés por las luchas históricas *preclásistas* y que *diggers*, *levellers* y *anabaptistas* fueran nuevamente reivindicados por los comunistas como parte del pasado revolucionario inglés.²⁹

Amén de A. L. Morton —cuya *A People History of England* de 1938 es reconocida como la primera historia nacional en clave marxista— y M. Dobb —con cuyos *Studies in the Development of Capitalism* introdujo el discurso del materialismo histórico en el orden del día de los debates académicos—, la figura clave que actuó como puente entre esta suerte de historiografía popular marxista y los futuros integrantes del GHPC fue Donna Torr. Christopher Hill insinúa que la influencia de Torr fue en dos direcciones. Por un lado, “proporcionaba el estímulo intelectual de academicismo histórico que [el grupo] no había encontrado hasta entonces”; y por otro, influyó en el desarrollo de una *historia popular* de corte marxista que pretendía rescatar la experiencia vital y de lucha de las clases populares.³⁰ Desde esa perspectiva, Torr parece actuar como uno de los medios a través de los cuales el estudio empírico de lo popular, en la rica tradición de la historia social radical y laborista, sería transmitido a la generación del GHPC.³¹

Entre 1947 y 1948, con la clausura de la “estrategia de Frentes Populares” y el comienzo de la Guerra Fría, la apertura intelectual —en la cual se promovió la investigación histórica de las tradiciones de lucha popular que se remontaba a los conflictos religiosos del siglo XVII— parecía estar en peligro,³² sin embargo quedó conjurado en 1951, cuando Stalin dio el visto bueno a la estrategia de “la



²⁹ *Ibid.*, p. 18.

³⁰ Harvey J. Kaye, *op. cit.*, 1989, p. 14.

³¹ En este particular desarrollo del marxismo británico, en el marco de los estudios históricos de las luchas populares, quizá también deba valorarse el papel que desempeñaron los protocolos incorporados del paradigma tradicional. La cultura empirista y una disposición a construir el relato histórico en clave narrativa —disposición escolar que tiene su origen ya en los estudios preuniversitarios, donde la filosofía había sido sustituida por la literatura inglesa— contribuirían a que estos historiadores desarrollaran un marxismo eminentemente historiográfico y carente de los vuelos teóricos y filosóficos de otros universos europeos, como el francés o el alemán. Véase Eric Hobsbawm, *op. cit.*, 2003, p. 97.

³² Gerard McCann, *op. cit.*, 1997, p. 25.

Las ambigüedades de la “Historia desde abajo”...

vía británica al socialismo”, reconociendo las particularidades históricas y políticas de la isla y sancionando cierta autonomía para el PCBG a la hora de gestionar estas particularidades. Desde ese momento, la investigación histórica del pasado inglés constituiría una de las puntas de lanza del partido en el frente intelectual. De hecho, el GHPC pronto se convirtió en el sector más valorado del National Cultural Committee, formación donde se integraban las asociaciones intelectuales del partido.³³ Estas relaciones se basaban en una particular combinación de autodisciplina y autonomía. El pronto compromiso comunista en el periodo de entreguerras y su maduración en la experiencia del conflicto bélico revirtieron en una concepción del trabajo intelectual como consciente y deliberadamente político, como el papel que debían desempeñar dentro de la lucha de clases dirigida por el partido.³⁴ Esta disciplina en la que se adecuaban ambiciones intelectuales y compromiso político revertiría en cotos de autonomía intelectual respecto del aparato del partido: Hobsbawm reconoce que ni se sintieron constreñidos ni percibieron intentos de King Street por interferir en su trabajo como historiadores.³⁵

No obstante, en 1956 este idilio se rompió como resultado de la invasión de Hungría y el proceso de desestalinización abierto por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). El PCGB sufrió una auténtica sangría de militantes, entre los que se encontraba el propio Thompson. En este convulso panorama, el GHPC desapareció como colectivo. No obstante, esto no supuso el fin del proyecto historiográfico que habían puesto en marcha desde 1946; todo lo contrario. Es verdad que, fundamentalmente como efecto de la ola de anticomunismo, los historiadores marxistas que no habían conseguido ingresar en el personal universitario en la década de 1940 tuvieron que esperar unos



33 Dennis L. Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain*, Durham/Londres, Duke University Press, 1997, p. 24.

34 Véanse *ibid.*, p. 33; y Gerard McCann, *op. cit.*, 1997, p. 23. “Nuestro trabajo como historiadores [afirma Hobsbawm] estaba por tanto unido a nuestro trabajo como marxistas, lo cual creíamos que implicaba formar parte del Partido Comunista. Era inseparable de nuestro compromiso y actividad política”. Véase Eric Hobsbawm, “The Historians group of the communist party”, en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres, Lawrence and Wishart, 1978, p. 26.

35 *Ibid.*, p. 30.

diez años para hacerlo.³⁶ Ante este panorama profesional, algunos de los integrantes del grupo y colaboradores optaron por aspirar a puestos en los departamentos de educación para adultos externos a la universidad: H. Collins, L. Munby, E. P. y D. Thompson y R. Williams ahí comenzaron su carrera académica. El hecho es que al iniciar sus trayectorias en estos centros periféricos, alejados de la ortodoxia de la historiografía tradicional y vinculados a entornos obreros industriales, donde la historia social podía encontrar un auditorio adecuado, los historiadores marxistas ahondaron en la línea historiográfica abierta desde 1946.

Desde esas posiciones académicas, los antiguos miembros del GHPC comenzaron a producir, a lo largo de la década que comprende de mediados de 1950 hasta la mitad de 1960, un conjunto de obras que conservan cierto aire de familia y que permiten hablar ya de una historiografía marxista británica, heredera de las tradiciones descritas anteriormente. Gracias a la particular combinación de elementos propios de la historiografía tradicional (el empirismo y las formas narrativas), de la historia social fabiana y radical (el estudio de las tradiciones populares y laborales inglesas) y del marxismo (el análisis de esas tradiciones en clave de conflictos históricos de clase), los historiadores marxistas británicos pudieron comenzar a desarrollar las primeras obras de lo que posteriormente se denominó “historia desde abajo”.³⁷ El desarrollo de esta línea historiográfica



36 Los que no lo habían conseguido tuvieron que esperar a finales de 1950 para obtener un puesto de relevancia, por ejemplo Hill no obtuvo la titularidad en el *Balliol College* de Cambridge sino hasta 1958 —antes había sido tutor en este centro y titular en el *Department of History* de la Universidad de Cardiff—; Hilton, profesor de la *School of History* de la Universidad de Birmingham desde su regreso de la guerra, no obtuvo la cátedra de Historia Social Medieval hasta finales de la década de 1950; Hobsbawm no fue titular de la Universidad de Londres sino hasta 1959, anteriormente había sido ayudante en el *College* de la universidad. Véanse *ibid.*, p. 25; y Bryan D. Palmer, *E. P. Thompson: Objeciones y oposiciones*, Valencia, Universitat de Valencia Publicacions, 2004, pp. 71-72.

37 Las diferencias entre los contenidos de esas primeras obras de la historiografía marxista británica y, en consecuencia, la manera en la que plasman el modelo de la “historia desde abajo”, tiene que ver no sólo con la temática objeto de estudio, sino con las fuentes marxistas que se han privilegiado durante la etapa formativa. Así, en el caso de Thompson, amén de la influencia de D. Torr —de quien Palmer afirma que lo orientó definitivamente a dedicarse a la investigación histórica—, las principales vías que desembocan en su particular concepción del marxismo y su traducción al modelo de la “historia desde abajo” vienen, durante su formación universitaria, del marxista C. Caudwell (en cuya noción de dialéctica se inspira para desarrollar

Las ambigüedades de la “Historia desde abajo”...

tuvo dos efectos relevantes sobre la estructura del campo historiográfico inglés. En primer lugar, desbancó definitivamente a la historia tradicional de la posición de dominio que ocupaba y que le permitía presentarse como paradigma de la excelencia historiográfica. Por otro lado, dicho cambio en las relaciones de fuerzas del campo vino acompañado de un incremento de la censura, de la autonomía y especialización de la disciplina.

La historia social que implementaron los marxistas británicos supuso un desarrollo de la investigación —que redundaba en la necesidad de contar con mayores competencias técnicas para intervenir en debates cada vez más especializados—, una eclosión de nuevas formas de comunidades académicas (grupos de discusión, seminarios, revistas especializadas, etcétera), una reflexión epistémica en torno a los métodos de la propia disciplina y una reinserción de la producción historiográfica nacional en los circuitos internacionales. Esta profesionalización vino acompañada de un acercamiento de la historia hacia el dominio de las ciencias sociales, lo que contribuyó a diferenciarla del ámbito de las letras y a relajar su dependencia respecto de la literatura; fenómeno consustancial a la transformación que sufrió el capital específico historiográfico, al dar cabida y reconocimiento a habilidades técnicas que provienen, en este caso, de disciplinas más reguladas como la demografía, la economía, la sociología y, tímidamente, la antropología.

En suma, desde mediados de la década de 1950 y hasta mediados de la de 1960, el dominio de la historia británica se encontraba paulatinamente mejor regulado y especificado, lo que exigía mayores competencias específicas y más



posteriormente su noción relacional y perspectivista de la realidad social), J. B. Vico (de quien aprecia su concepción del proceso histórico en clave de equilibrios entre grupos sociales) y C. Hill (cuyos análisis históricos acerca de la Revolución inglesa constituyen verdaderas guías de la investigación historiográfica). Al finalizar sus estudios universitarios, Thompson comenzó a entrar en contacto con dos de los autores que más influirían en su formación. Por un lado, Carlos Marx —Thompson no ofrece una fecha concreta de cuándo comenzó a leerlo, pero Palmer afirma que no fue después de la década de 1940—. Por otro lado, William Morris, quien según sus propias palabras le sirvió para llenar los “silencios de Marx” relativos a la esfera de los valores y las emociones. La relevancia del encuentro de Thompson con Morris en el posterior desarrollo de su obra se encuentra fuera de toda duda. Véanse E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989b, pp. 312-316; Alejandro Estrella, “Política, teoría e historia: el William Morris de E. P. Thompson desde la sociología de los intelectuales”, en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, núm. 13, enero-junio, 2007, pp. 59-80; y Bryan D. Palmer, *op. cit.*, 2004, pp. 73 y 75.

trabajo de formalización a la hora de mutar el capital social acumulado en capital específicamente historiográfico. La historia que narra el ascenso de esta historia social marxista a una posición dominante es, en definitiva, la que narra cómo el campo historiográfico alcanzó mayores cotos de autonomía.

En este contexto, *The Making...* puede considerarse como un símbolo historiográfico en el que precipita el proceso de cambio que acabo de describir. Esta obra constituye, además, una respuesta al marxismo ortodoxo, a la historia económica cuantitativa y al funcionalismo, propuestas que irrumpían en el campo de la historiografía británica, y que suponían un cuestionamiento de los elementos fundamentales que habían coadyuvado en la historiografía social marxista y en el modelo de la “historia desde abajo”, en este caso, centrado en el problema específico de la clase social. *The Making...* se presentó entonces como un relato de la formación histórica de la clase obrera que reaccionaba frente a una concepción abstracta y antiempírica de la clase social, toda vez que ésta invitaba a derivar mecánicamente la existencia de la clase de las relaciones sociales de producción o de un determinado volumen de ingreso, obviando de esta forma el análisis del plano histórico del cual emerge la subjetividad de clase como una realidad económica, política y cultural. La obra respondía también a una historia que entendía a la clase como un mero papel social que reproducía los valores dominantes, negando de esta forma no tanto la existencia del conflicto social, sino su capacidad *constitutiva* y su eficacia a la hora de cuestionar las relaciones sociales jerárquicas. Respondía, finalmente, a una concepción del proceso de formación de clase en términos lacrimógenos, es decir, una respuesta a quienes consideraban a la heterogénea población trabajadora como mera víctima pasiva del proceso de industrialización, obviando en consecuencia la articulación cultural y política de dicha experiencia por parte de los propios protagonistas y las formas de respuesta que ensayaron ante tales conflictos.³⁸

Esta particular toma de posición de Thompson en el marco de los estudios acerca de la clase obrera fue el resultado, en consecuencia, de la movilización de los recursos heredados por el historiador inglés a través de su formación, lo cual podríamos ya denominar cómo historiografía marxista británica. En el marco de un nuevo radicalismo político de izquierdas alejado de las directrices de los



38 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989a, pp. XV-XVI.

partidos comunistas ortodoxos, *The Making...* fue calurosamente acogido por amplios sectores estudiantiles de las universidades estadounidenses y británicas, como la primera aplicación sistemática de lo que desde ese momento se denominaría “historia desde abajo”.

LA “HISTORIA DESDE ABAJO” COMO TOMA DE POSICIÓN POLÍTICA

La característica particular del campo historiográfico británico, desde mediados de la década de 1930 y hasta mediados de la década de 1960, constituye el filtro a través del cual Thompson formalizó determinadas posiciones políticas en un modelo abstracto con legitimidad historiográfica. La “historia desde abajo”, en clave thompsoniana, responde a una genealogía donde elementos característicos del paradigma tradicional y de la historia social fabiana y radical se recombinaron con una particular concepción del marxismo en la que, como se observó, desempeñan un papel clave Morris, Caudwell, Torr y Hill. La “historia desde abajo” —al menos en relación con su contexto de producción— no puede desvincularse de dicha genealogía marxista, de la que Thompson representa una trayectoria posible. Entonces, la pregunta fundamental sería: ¿qué llevó a Thompson y a otros estudiantes de historia de *Oxbridge* a sentir tal simpatía por el marxismo?, ¿por qué optó por esta apuesta intelectual sin la cual habría sido imposible formalizar la “historia desde abajo” en los términos en los que la he presentado? La respuesta, adelantada al comienzo del apartado anterior, apunta en la dirección de los compromisos políticos thompsonianos: la “historia desde abajo” como modelo formal que sintetiza diferentes tradiciones historiográficas se nutre del subsuelo que constituye la experiencia política de Thompson. Se hace necesario, en consecuencia, reconstruir esta experiencia y señalar los principales elementos de la misma que, a través de las mediaciones que imponía la lógica del campo historiográfico, contribuyeron a forjar la “historia desde abajo” como objeto intelectual.

Esta trayectoria viene marcada por dos momentos clave: por un lado, por la afiliación de Thompson al PCGB en 1942 y la marcha como voluntario a la segunda Guerra Mundial en 1944; por otro, por su ruptura con la disciplina del PCBG en 1956 y el intento por fundar una izquierda revolucionaria alternativa (la *New Left*) a partir de la misma fecha. En relación con el primer evento, se debe comenzar por reconstruir el medio a través del cual Thompson accedió a una determinada cultura política donde la militancia comunista adquirió una

significación particular. Thompson se afilió al PCGB a la edad de 18 años. Esta afiliación —al igual que en el caso de muchos otros jóvenes universitarios ingleses— no fue el efecto político de una toma de posición intelectual, sino que tuvo como causa inmediata el contexto de ideologización política de finales de la década de 1930 y comienzos de la siguiente, y su traducción al entorno estudiantil universitario, en lo que ha llegado a denominarse como el *Cambridge rojo*.

A lo largo de la década de 1930 el PCGB, aun manteniendo una posición subordinada al *Labour Party* en el mercado político de la izquierda británica, había aumentado su presencia entre los intelectuales y entre las organizaciones obreras y estudiantiles. Este impulso se hizo notar especialmente a partir de 1936 con la adopción por parte del PCUS de la política de Frentes Populares. Publicaciones, clubes de lectura y discusión, así como grupos de trabajo de carácter parcial o totalmente comunista se extendían con rapidez dentro de los medios académicos.³⁹ En plena ola de activismo, las afiliaciones al partido de jóvenes estudiantes de letras se multiplicaron;⁴⁰ no obstante, los estudiantes comunistas eran en principio una minoría entre los activistas agrupados en torno a los grupos socialistas.⁴¹ Entonces, ¿por qué jóvenes estudiantes como Thompson no canalizaron ese activismo a través de los mayoritarios clubes laboristas; o bien, mediante el troskismo o el anarquismo? La respuesta apunta en varias direcciones.

En primer lugar, la decidida estrategia del PCGB en el campo intelectual —en concreto en el mundo de las letras y las humanidades— no tiene parangón con la de otras organizaciones revolucionarias. En un clima de efervescencia política, donde los criterios de clasificación ideológicos habían pasado a un primer plano, la particular oferta que realizaba el PCGB en el mercado universitario le otorgó ventaja sobre otras fuerzas políticas tradicionales. En este



39 Entre otros cabe destacar las revistas *Modern Quarterly* del campo de las ciencias naturales y *Left Review*, de literatura; Clubes como el *Left Book Club*, que llegó a contar con más de 58 mil miembros o editoriales como la prestigiosa *The Left Book News*, comandada por V. Gollancz —a la sazón editor de *The Making of the English Working Class*—. Véase Stephen Woodhams, *History in the Making: Raymond Williams, Edward P. Thompson and Radical Intellectuals, 1936-1956*, Londres, Merlin Press, 2001, p. 29.

40 Eric Hobsbawm, *op. cit.*, 2003, pp. 101 y 113-116.

41 Dennis L. Dworkin, *op. cit.*, 1997, p. 12.

sentido, la militancia en las filas del PCGB adquiría un sesgo característico en el ámbito universitario; ninguna otra opción política permitía combinar la *pasión política* —propia del agitado contexto de entreguerras—, con las expectativas intelectuales generadas por el campo académico al que habían sido llamados. A ojos de estos jóvenes aspirantes a intelectuales, el PCGB significaba la más pura y eficiente militancia, dotada a su vez con un sesgo de distinción intelectual. Por esa misma razón, los grupos laboristas (demasiado tibios políticamente), o los minoritarios sectores troskistas o anarquistas (cuya clientela apuntaba más bien hacia *outsiders* del microcosmos universitario) constituían opciones menos atractivas para los jóvenes militantes con prometedoras carreras académicas.⁴² Esta adecuación entre la oferta del partido y sus expectativas (a la par políticas e intelectuales) se confirmó en cada uno de los rituales políticos a los que eran invitados a participar y dónde —junto a un incremento de la estima de sí— adquirirían credenciales de membresía sintiéndose cohesionados en torno a un símbolo y un proyecto colectivo de salvación.⁴³

Este es el contexto inmediato que explica la toma de posición de Thompson en las filas del PCGB. Ahora bien, insisto en que esta militancia estuvo marcada por dos elementos fundamentales: uno de carácter esencialmente práctico, no intelectual e íntimamente ligado a la cultura política de los Frentes Populares. La guerra y la experiencia posterior en la reconstrucción de Yugoslavia no harían sino reforzar esta concepción de la militancia comunista. Durante su larga



42 Hobsbawm nos ofrece una interesante radiografía sociológica del Cambridge rojo: comunistas provenientes de medios aristocráticos y de la clase media-alta conviven con jóvenes de las clases medias e incluso con algún representante de la clase obrera, llegados de los institutos de secundaria más progresistas. Véase Eric Hobsbawm, *op. cit.*, 2003, pp. 114-115.

43 La importancia de estos rituales en la articulación de la vida cotidiana y de la propia identidad del estudiantado fue tal que, como recuerda el propio Hobsbawm, “era impensable mantener una relación seria con alguien que no fuera del Partido o estuviese preparado o preparada para ingresar (o volver a ingresar en él)”. Véase *ibid.*, 2003, p. 132. El propio Thompson ejemplifica bien este extremo, al casarse con D. Towers, a quien conoce precisamente en las redes de las juventudes comunistas. Como puede apreciarse, a través de estas redes y sus rituales concomitantes, los afiliados se forjaban una identidad en el microcosmos universitario y establecían importantes lazos emocionales. A cambio, ponían su vida al servicio del partido, subordinando las pulsiones individuales a la disciplina de la organización. Acerca de ese tipo de comercio entre “instituciones totalitarias” y sus “fieles”, véanse Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos, 2009, pp. 17-24 y 71-73; y Pierre Bourdieu, *Propos sur le champ politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2000, p. 66.

marcha por Italia, Thompson da testimonio de los flujos de solidaridad y complicidad que activó la lucha antifascista:

En la Italia liberada daría vueltas por la ciudad, encontraría el local del herrero —el buey levantado en un montacargas para herrarlo—, me daría cuenta de los pósters del PCI, me presentaría como camarada, y en un periquete me sentaría en un banco, cosa inapropiada con mi uniforme de oficial británico, degustando el vino del herrero [...] Era igual también con nuestros camaradas americanos, que se regían por el mismo internacionalismo y optimismo. Se sucedieron en aquellos años un millón de transacciones y de discursos informales, que nunca recuperarán los historiadores y que desconocían los tercos organizadores del partido.⁴⁴

En la misma línea se expresa Dorothy Thompson al hablar de las labores de reconstrucción de la vía férrea yugoslava y búlgara, donde participó como miembro voluntario de la Brigada Juvenil Británica en 1947, junto a su marido y otros camaradas comunistas, socialistas campesinos, trabajadores y soldados venidos de toda Europa:

Todos trabajaban juntos, hacían fuego juntos en el campamento, cantaban canciones, gritaban, iban a reuniones, o dormían en las reuniones [...], había un gran sentido de la cooperación internacional y desde luego un enorme sentido de esperanza [...] salíamos a trabajar a la superficie de la roca a las seis en punto. [...] Por la tarde cada uno podía hacer lo que quisiera. De noche, hacíamos fuego en el campamento, discursos políticos, cantábamos y bailábamos.⁴⁵

Estas experiencias contribuían a forjar la cultura política de Thompson y, en consecuencia, orientaron su particular aproximación intelectual al marxismo y a la comprensión del proceso histórico. En pocas palabras, la cultura política asociada a la militancia comunista en el contexto de los Frentes Populares constituye la experiencia que alimentó el modelo de la “historia desde abajo”: una concepción de la vida social como una trama de conflicto y lucha en la que los dominados poseen un papel activo y protagonista.



44 Bryan D. Palmer, *op. cit.*, 2004, p. 67.

45 Dorothy Thompson, *Outsiders*, Nueva York, Verso, 1993, pp. 94-95.

La ruptura en 1956 con la disciplina del PCGB no supone una completa separación con esta suerte de cultura política. Más bien, a partir del fondo que representa, Thompson y otros antiguos militantes reorientan su acción política hacia la consecución de nuevos objetivos en el marco de un nuevo contexto histórico: la reactivación de los movimientos sociales a ambos lados del Telón de Acero y la búsqueda de nuevas vías para el desarrollo de una política revolucionaria de izquierda capaz de competir con la socialdemocracia y el comunismo ortodoxo.⁴⁶ Dicho proyecto, encarnado en la primera *New Left* se extiende desde 1956 hasta 1962.⁴⁷ A lo largo de estos años, Thompson analizó en varios artículos los perfiles de las nuevas subjetividades emergentes en el marco de los nuevos movimientos sociales y la posibilidad de articularlos bajo un mismo signo político que no dudó en denominar humanismo socialista.⁴⁸ Sin negar el contenido de clase de dichos movimientos, Thompson descubrió que éstos ya no podían identificarse exclusivamente con la clase obrera industrial, sujeto revolucionario por excelencia de la ortodoxia comunista. No cabe duda que la formación intelectual en el marco de esa historiografía marxista —preocupada por las tradiciones populares y revolucionarias inglesas y la experiencia frente-populista— lo impulsaba a interpretar los nuevos movimientos sociales en este sentido.

A partir de ese *nudo gordiano* que refracta la urgencia política —redefinición del movimiento revolucionario en clave de una subjetividad abierta y no encapsulada en las formas del marxismo ortodoxo— a la lógica del campo historiográfico (el debate sobre la clase social y el campo de posibles en el que se estructuraba), Thompson elabora una propuesta donde la clase obrera se presenta como el precipitado de una heterogénea población de trabajadores, resultado a su vez de la polarización social entre dominantes y dominados. El compromiso político de Thompson constituye, en consecuencia, el fondo experiencial que lo llevó a adoptar el punto de vista de los dominados y a rescatar su vivencia del conflicto; sin embargo, su perspectiva no debe identificarse de una vez y para siempre con el fenómeno histórico de la clase obrera: ésta constituye —así lo demostró en sus estudios del siglo XVIII, al igual que parecía



46 Véase una interpretación de cómo vive y maneja Thompson este proceso en Alejandro Estrella, *op. cit.*, 2007.

47 Dennin, *op. cit.*, 2004.

48 E. P. Thompson, “Socialist humanism: an episode to the Philistines”, en *The New Reasoner*, núm. 1, 1957, pp. 105-143.

demostrarlo la realidad social que arrancó a mediados de la década de 1950— una forma histórica específica “de estar abajo”.⁴⁹

EL *ETHOS* THOMPSONIANO Y LA MILITANCIA COMUNISTA

Como he mostrado, la posición política de Thompson en favor de la causa popular constituyó la experiencia a partir de la cual pudo —apoyándose en las diferentes tradiciones heredadas y situado en una determinada posición en la estructura del campo historiográfico— generar el modelo abstracto de la “historia desde abajo”. Pero entonces, se puede llevar más allá la crítica sociológica y preguntarse qué condiciones fueron necesarias para que el joven Thompson entendiera la militancia comunista como una toma de posición plausible. ¿Qué causas profundas hicieron que —situado en el entramado estudiantil universitario de finales de la década de 1930— optara por la militancia política, y dentro de ésta, por la disciplina comunista? Una posible respuesta a la segunda pregunta suele apuntar en la dirección de una toma de conciencia política en el joven Thompson: la militancia comunista supuso una racionalización del contexto político de preguerra y la inminente conflagración contra el fascismo. Sin embargo, este tipo de explicación adolece una argumentación circular desde el momento en el que es precisamente esa toma de conciencia lo que se debe explicar. En ese sentido, una crítica sociológica de los procesos de tomas de conciencia en general y política en particular, puede ayudar a mostrar algunas claves acerca de este fenómeno que, como se ha visto, constituye el subsuelo a partir del cual surge la “historia desde abajo”.

El objetivo de este apartado es identificar la formación de un *ethos*, de una subjetividad moral o de un *habitus* —en términos del socioanálisis bourdieusiano— que permita explicar por qué Thompson —enfrentado a la situación inmediata de las redes estudiantiles de Cambridge a finales de la década de 1930— optó por la militancia en el PCGB, lo que lo ponía en la senda de un compromiso político con “los de abajo”. La formación de esa subjetividad remite a una exposición prolongada a unas formas de existencia de clase vinculadas con la cultura escolar y la cultura religiosa metodista. Es en el marco de estas



49 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989b, p. 39.

condiciones interiorizadas que el joven Thompson, vía familiar y escolar, tuvo acceso a una primera experiencia de la oposición arriba-abajo.

E. P. Thompson perteneció a una familia con una rancia genealogía metodista. Sus padres se conocieron como misioneros y tuvieron su primer hijo (Frank) en la India, donde Edward J. Thompson ejerció su servicio como maestro en un Bankura College de la región de Bengala. Más allá de un análisis interno de la maquinaria moral metodista, lo que ahora me interesa señalar es cómo, desde el comienzo de su andadura, el metodismo se vio sometido a fuerzas que lo fragmentaban en un campo de posibilidades que contenía diversas formas de *ser metodista* —concepción de la misión salvadora, forma de obtener la gracia y conservarla, tipos de organización y papel de los fieles, etcétera— desde las más ortodoxas y sacerdotales a las más heterodoxas y proféticas. A partir de esta oposición —y más allá del contenido concreto que iba adquiriendo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX—, es importante situar a los padres de Thompson en alguna de las ramas proféticas de la conexión: su concepción del cristianismo se movía en el terreno de un humanismo religioso que veía en la figura de Cristo, no un padre severo y lejano, sino un abogado misericordioso de los desfavorecidos: “su vida”, sentenciaba E. J. Thompson, “estuvo con la gente corriente”.⁵⁰ En ese sentido, la religiosidad de los Thompson se situó en la estela de las llamadas religiones de salvación, es decir, aquellas que antes de responder a demandas de legitimación del orden establecido, lo hacían a demandas de compensación propias de los fieles que provían de clases desfavorecidas y cuya justificación de la existencia no puede reposar sino en una promesa de redención del sufrimiento.⁵¹

El hecho de que E. J. Thompson sufriera una crisis de fe —tras participar en la primera Guerra Mundial y abandonara la India para ejercer como profesor de cultura y literatura bengalí en Oxford— no trastoca el contenido moral de esta concepción religiosa: el apoyo que brinda como intelectual a la causa de la independencia de la India debe interpretarse precisamente como una traslación de las mismas disposiciones morales de origen religioso, en este caso, a un problema de índole política. Sea como fuere, esta distinción entre favorecidos y



⁵⁰ Bryan D. Palmer, *op. cit.*, 2004, p. 39.

⁵¹ Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 51.

desfavorecidos —así como la predisposición a situarse en favor de los segundos— constituye un primer foco de irradiación de la oposición entre arriba y abajo que E. P. Thompson heredó vía la heterodoxia religiosa familiar.

Un segundo elemento característico de la formación del *ethos* thompsoniano apunta a la cultura escolar que heredó —también en primera estancia— de su familia. En ese sentido, Thompson pertenece a lo que Bourdieu denomina un “llamado por nacimiento” a la excelencia intelectual, tanto objetivamente (por la posición social que ocupó en el espacio de clases y el tipo de recursos culturales asociados a esa posición), como subjetivamente (porque las disposiciones heredadas de su familia contribuyen a forjar una *libido sciendi* que se traduce en unos gustos volcados hacia la cultura —especialmente literaria— y hacia sus objetos más excelsos).⁵² La adecuación entre ambas esferas dota de una pronta naturalidad al comercio del joven Thompson con los campos de producción cultural, como si todo fuera de suyo y sin necesidad de elevar a problema de conciencia las tomas de posición que van conformando la propia trayectoria (por ejemplo, cuando declara: “nunca tomé la decisión de hacerme historiador”).⁵³ Sin embargo, esta llamada a la excelencia no debe leerse de forma unilateral. Si bien en el marco de la estructura de clases del mundo británico, Thompson se situaba en una posición dominante en calidad de heredero de una aristocracia escolar, no ocurriría lo mismo en el ámbito doméstico. Frente a su hermano Frank —paradigma de la excelencia académica—, E. P. Thompson se consideró desde muy joven como el “zoquete” de la familia.⁵⁴



52 Se debe tener cuidado de interpretar dicha lógica en términos mecánicos, derivando la trayectoria final de la posición de origen.

Esta posición define una trayectoria probable siempre sujeta a desviaciones que pueden desembocar en resultados imprevistos. En relación con estas desviaciones puede consultarse el trabajo de José Luis Moreno, dedicado a la sociología del fracaso intelectual: “Hacia una sociología del éxito y del fracaso intelectual. Consagración institucional, autonomía creativa”, en *Telos, Revista Iberoamericana de Estudios Utilitarios*, vol. 15, núm. 2, 2006. Para casos de milagros escolares, véase Gérard Mauger, “Entre compromiso político y compromiso sociológico”, en José Luis Moreno y Francisco José Vázquez (eds.), *Pierre Bourdieu y la filosofía*, Málaga, Montesinos, 2006, pp. 37-59.

53 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1989b, p. 304.

54 E. P. Thompson, *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission: Bulgaria 1944*, Stanford, Stanford University Press, 1997, pp. 50-51.

Esta fractura se vio impulsada por la decisión de sus padres de enviar al mayor de los Thompson a Winchester, mientras que Edward fue enviado a Kingswood. Si bien ambas instituciones eran *public schools* —es decir centros privados de prestigio—, el primero era uno de los más exclusivos y rigurosos en la enseñanza de la cultura clásica de Inglaterra, mientras que el segundo —una escuela menor sin pretensiones elitistas ni ambiciones—,⁵⁵ impartía una educación de sesgo metodista. El hecho es que esta diversa cultura escolar llevó a Edward a experimentar una ruptura fundamental con el mundo compartido de los afectos familiares. Thompson reconoce que siempre mantuvo cierto resentimiento hacia Winchester y hacia algunas amistades de su hermano: “I did not like its self-satisfied sense of its own excellence, its cult of eccentricity and affectations, nor the ruling-class manners and arrogance of one or two of Frank’s Winchester friends”.⁵⁶ Ante esta tendencia al esnobismo y la experiencia de exclusión que de ella se derivaría, quizá no resulte aventurado afirmar que lo que se produjo fue una reacción de Edward que lo llevaría a reforzar y valorar de manera positiva, de ahí en adelante, sus propias *virtudes* y recursos asociados a sus habilidades y a su formación —según él entendía— de carácter más práctico, moral y popular.

Sea como fuere, esta brecha que separa la cultura escolar de Edward de la de su hermano puede considerarse como una de las primeras experiencias directas con el fenómeno de clase, en ese caso, como una oposición entre la excelencia (arriba) y lo popular (abajo).⁵⁷ En consecuencia, tanto a través de las disposiciones de origen religioso heredadas de los padres como aquellas asociadas al mundo escolar y que establecían una distancia frente al referente fraterno, Thompson incorporó como criterio de orientación básico para la vida social la oposición arriba-abajo, criterio que por su ambigüedad y carácter esencialmente práctico permitía su aplicación a diferentes juegos sociales.

De hecho, esta oposición orientó las elecciones de nuestro joven personaje a su llegada a Cambridge; primero, ajustando sus elecciones académicas a las



55 E. P. Thompson, *op. cit.*, 1997, pp. 50-53.

56 “No me gustaba su autosatisfecho sentido de la excelencia, su culto a la excentricidad y la afectación, ni las formas de clase-dominante y la arrogancia de uno o dos de los amigos de Winchester de Frank” (la traducción es mía). *Ibid.*, p. 52.

57 Al respecto de esas primeras experiencias de clase a través de compañeros de escuela, véase Gérard Mauger, *op. cit.*, 2006, pp. 42-43.

expectativas de sí mismo (como dominado dentro de la cultura de la elite) cambiando los estudios de literatura por los de historia, opción menos excelente pero adecuada a las habilidades que, él entendía, lo diferenciaban frente a dicha excelencia representada por su hermano y por Winchester.

En segundo lugar, al introducirse en las redes juveniles del PCBG y después —siguiendo en esto la estela de Frank— al afiliarse al partido. Aquí no sólo entra en juego la identificación del comunismo con la causa de las luchas antifascistas en el marco de la cultura política de los Frentes Populares. Como señalé anteriormente, el comunismo podía representar para los jóvenes herederos de una excelsa cultura escolar, la forma más adecuada de combinar la pasión política con las legítimas ambiciones intelectuales. Ningún otro competidor en el espacio político de la izquierda fue capaz de combinar ambas demandas en una oferta político-intelectual, articulada de la misma manera que supo hacerlo el comunismo, en especial entre los estudiantes y la gente de letras.

Pero más allá de esa particular oferta y la identificación con la causa popular, no debe olvidarse un factor clave para explicar el atractivo de la militancia comunista para esa joven generación de historiadores entre los que se encontraba E. P. Thompson. Según Woodhams y Samuel, es posible esgrimir cierto paralelismo entre la *cultura política* del partido y la tradición inconformista de las familias de las que provenían muchos de estos intelectuales de letras. Woodhams advierte que el partido pudo presentarse ante este auditorio como una organización política de nuevo cuño, basada fundamentalmente en la eficacia y la organización: *A Party of New Type*,⁵⁸ que podía parecer atractivo para los jóvenes formados en medios disidentes y en proceso de radicalización política. A su vez, era posible establecer una identificación entre la noción puritana de “elección” y su correlato político en el concepto de “vanguardia”.⁵⁹ La noción de elección supone no sólo una distinción sobre el resto como representante de una forma de vida más alta, sino también el hecho de dar testimonio a través del ejemplo; es decir, una llamada a la acción virtuosa como refrendo de la propia elección. Cuando esta llamada a la acción se entendió bajo el contexto ideológico de entreguerras, no como necesidad de perfectibilidad individual, sino de



58 Stephen Woodhams, *op. cit.*, 2001, p. 102.

59 *Ibid.*, p. 104.

toda la sociedad, el Partido Comunista pudo aparecer como el espacio privilegiado donde aplicar ese sentido de llamada.

Finalmente, la ética puritana del trabajo duro y de la formación autodidacta como manera de purificar la creencia religiosa y arrojar nueva luz sobre el mundo, tendría su refrendo en la frenética producción intelectual en sociedades, prensa, clubes, etcétera, y en el esfuerzo por dominar, al margen de los circuitos académicos, los *misterios* de una literatura marxista que permitiría atisbar la dirección del proceso histórico.⁶⁰ En conclusión, estos paralelismos de contenido moral o conductual entre la cultura religiosa de las sectas disidentes y la cultura política del comunismo, ejercieron como detonante para que, una vez identificado el partido con la causa de “los de abajo” en el contexto universitario frente-populista, Thompson mutara las disposiciones sociales heredadas vía familiar a la lógica del campo y del lenguaje político y acabara militando en las filas comunistas.

CONCLUSIONES

La oposición arriba-abajo constituye un criterio de orientación social que, en el caso de Thompson, se origina en el ámbito religioso y escolar. La traducción de dicha oposición a la lógica política se facilitó por tres factores: por un lado, los paralelismos estructurales entre la cultura religiosa metodista y ciertos elementos característicos de la militancia política de la década de 1930; en segundo lugar, por el contexto político de los Frentes Populares, lo que permitió la identificación de “los de abajo” con el pueblo y la lucha de éste con la del partido; y finalmente, la particular oferta del PCGB en el mercado de las juventudes de izquierdas de *Oxbridge*, al permitir la mayor eficacia militante sin menoscabo de las expectativas depositadas en la consagración intelectual a la que estaban llamados estos herederos de la aristocracia cultural británica.

La militancia en las filas del PCGB llevó a los jóvenes historiadores —con prometedoras carreras académicas—, a desarrollar una estrategia intelectual dentro de la cual pueden distinguirse itinerarios individuales, estrategia que responde a la aceptación de determinados protocolos de la historia tradicional



⁶⁰ *Ibid.*, p. 106.

(por ejemplo, la cultura empírica o la importancia de los recursos narrativos), enfrentándose, sin embargo, a dicho paradigma y acudiendo para ello a circuitos extraoficiales donde supieron conectar con la historia social fabiana y radical a la que, finalmente, dotaron de un sesgo marxista en la medida que cohesionaban como comunidad historiográfica diferenciada. Esta estrategia vino acompañada de un asalto al centro de atención historiográfico desplazando, en definitiva, al paradigma tradicional en un proceso que se extiende desde mediados de la década de 1950 hasta mediados de la siguiente, lo cual supuso, por otro lado, un incremento de la autonomía de la disciplina y de los recursos específicos necesarios para participar con éxito en sus lances.

En este contexto, el despliegue de la trayectoria thompsoniana se particulariza por una capitalización específica de recursos historiográficos a través de los cuales Thompson se encontró en disposición de operar una nueva traducción de la oposición arriba-abajo, pero ahora desde el campo político al intelectual. Enfrentado al ámbito de posibilidades de la década de 1960, Thompson empeñó la cultura historiográfica acumulada en clave de historia social marxista para sistematizar un primer ensayo de la historia “desde abajo”, aplicado en este caso a la historia de la formación de la clase obrera. El resultado es un modelo teórico, cuya operatividad trasciende el mero contexto de producción debido al trabajo de formalización de las urgencias temporales que, constituyendo el fondo experiencial de donde se alimenta el modelo, exige todo campo de conocimiento que ha alcanzado un cierto grado de autonomía.

Sin embargo, no debe olvidarse que esta operatividad también obedece a la dependencia que aún guarda el modelo, en tanto experiencia social y política sublimada, respecto a su contexto práctico de producción; hecho que, por el contrario, no remite a la autonomía del campo historiográfico en cuestión, sino precisamente a su grado de dependencia respecto de las urgencias temporales y de la lógica de otros campos sociales escasamente regulados. En esa doble naturaleza de la noción “historia desde abajo” —efecto de un trabajo de formalización intelectual y a la par indefectiblemente referido a la realidad social y política concreta en la cual se origina— reside su carácter, esencialmente ambiguo y productivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- , *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona, Anagrama, 2003.
- , *Propos sur le champ politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 2000.
- , *Meditaciones pascalianas*, Madrid, Taurus, 1999.
- , *La ontología política de Martin Heidegger*, Barcelona, Paidós, 1991.
- y Jean Claude Passeron, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Collins, Randall, *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos, 2009.
- , *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, Barcelona, Editorial Hacer, 2005.
- Denning, Michael, *Culture in the Age of Three Worlds*, Londres, Verso, 2004.
- Dworkin, Dennis L., *Cultural Marxism in Postwar Britain*, Durham/Londres, Duke University Press, 1997.
- Estrella, Alejandro, "Política, teoría e historia: el William Morris de E. P. Thompson desde la sociología de los intelectuales", en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, núm. 13, enero-junio, 2007, pp. 59-80.
- Ginzburg, Carlo, "Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después", en *Contrahistorias, La Otra Mirada de Clío*, núm. 7, septiembre-febrero, 2007, pp. 7-16.
- Hilton, Rodney, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1987.
- Hobsbawm, Eric, *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2003.
- , *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2002.
- , "The Historians group of the communist party", en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres, Lawrence and Wishart, 1978, pp. 21-48.
- Kaye, Harvey J., *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989.
- McCann, Gerard, *Theory and History: The Political Thought of E. P. Thompson*, Aldershot, Ashgate, 1997.
- Mauger, Gérard, "Entre compromiso político y compromiso sociológico", en José Luis Moreno Pestaña y Francisco José Vázquez (eds.), *Pierre Bourdieu y la filosofía*, Málaga, Montesinos, 2006, pp. 37-62.

- Moreno, José Luis, "Consagración institucional, autonomía creativa. Hacia una sociología del fracaso intelectual", en *Telos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitarios*, vol. 15, núm. 2, 2008, pp. 73-108.
- , "La sociología de la filosofía de Pierre Bourdieu y del Centre de Sociologie Européene", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 112, octubre-diciembre, 2005, pp. 13-42.
- Orwell, George, *El león y el unicornio y otros ensayos*, Madrid, Turner, 2006.
- Palmer, Bryan D., *E. P. Thompson: objeciones y oposiciones*, Valencia, Universitat de Valencia Publicacions, 2004.
- Russo, John y Sherry Lee Linkon, *New Working Class Studies*, Ithaca, Cornell University Press, 2005.
- Samuel, Raphael, "British marxist historians (1880-1980)", en *New Left Review*, núm. 120, marzo-abril, 1980, pp. 21-96.
- Thompson, E. P., "History from below", en D. Thompson (comp.), *The Essential E. P. Thompson*, Nueva York, The New Press, 2001, pp. 481-490.
- , *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission, Bulgaria 1944*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- , *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.
- , *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989a.
- , *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1989b.
- , "Socialist humanism: An episode to the Philistines", en *The New Reasoner*, núm. 1, 1957, pp. 105-143.
- Thompson, Dorothy, *Outsiders*, Nueva York, Verso, 1993.
- Woodhams, Stephen, *History in the Making: Raymond Williams, Edward Thompson and Radical Intellectuals, 1936-1956*, Londres, Merlin Press, 2001.